

legos, y á todos la confesion pública que jamás habia sido ordenada por la Iglesia; las instrucciones dadas á Juliano, obispo de Coos, nombrándole representante suyo cerca del emperador Marciano, á fin de conseguir la estirpacion de la herejia nestoriana, en cuyo hecho ven muchos el origen de los nuncios apostólicos; todo esto, en fin bastaria por la gloria de San Leon I, si otros actos suyos no la hubieran elevado á su colmo, haciendo indiscutible el título de *Grande* con que se le conoce. Para que pueda apreciarse bien la importancia de lo realizado por el pontífice, necesario será que demos una rápida reseña de los hechos históricos realizados en el mundo romano, desde el triunfo de la Iglesia, en tiempo de Constantino, hasta los dias del gran sucesor de Sixto III.

VI.

Constantino, como dice un ilustre escritor francés, consagraba el fatal principio de la division del imperio y llamaba á sucederle, ademas de sus tres hijos Constantino II, Constancio y Constante, á muchos sobrinos. Previendo los grandes del imperio las consecuencias de semejante desmembramiento, se coligaron para impedir que se cumpliera la última voluntad del emperador, y el ejército ganado por ellos y llevado de un ciego furor, asesinó á los hermanos y sobrinos de Constantino, de entre los cuales se salvaron, no obstante, Galo y Juliano, mas adelante apóstata. Desembarazados de competidores los tres hijos de Constantino, se repartieron pacíficamente el imperio, quedándose Constantino II, con las regiones occidentales, constante con el centro y Constancio con el Oriente; mas la armonía entre los tres hermanos duró poco tiempo. Constantino II descontento de la parte que le cupo, invadió la Italia, atacó á Constante y pereció en una emboscada; el vencedor invadió los estados del infeliz príncipe, mientras que Constancio sostenia en Oriente una cruel lucha contra Sapor, rey de Persia. Terminada ésta pudo dirigir sus esfuerzos contra el Occidente, adonde le llamaba la muerte de Constante que orgulloso con sus victorias. trató á fuer de vencedor irritado las provincias que pertenecieron á su hermano; mas su tiranía sublevó las Galias y el emperador de Oriente tuvo que disputar el trono salpicado con la sangre de sus

dos hermanos contra Magnencio, que despues de varias derrotas puso fin á su vida.

Constancio quedó por fin único señor del imperio, mas en vez de consagrar todas sus fuerzas á defenderlo, las empleó en atacar la fé católica. Para obedecer las órdenes de su moribundo padre, Constantino II habia restablecido en su silla á San Atanasio; pero desde que el imperio de Oriente hubo caído en poder de Constancio, atraído al arrianismo por Eusebio, aquel obispo fué otra vez perseguido con varios obispos fieles al símbolo católico. Al concilio de Sárdica, que se declara por la fé de Nicea, oponen los arrianos una multitud de conciliábulos, cuyas decisiones dan nueva ocasion de desórdenes. Adicto siempre á los arrianos, tolera Constancio en todo el imperio las mayores violencias; dase tormento á venerables prelados para arrancar á su senectud la aprobacion de algunos dogmas arrianos. El papa Liborio se ve rodeado de todo género de asechanzas y de insidiosos lazos, como se ha visto. Deseoso Constancio de que su voluntad sirviese de cánones rodeaba de soldados á los obispos para asegurarse de sus decisiones y deterraba á los que rehusaban doblegarse á sus órdenes, pero los enemigos de la Iglesia, al paso que redoblaban contra ella sus ataques, empezaban á hacerse la guerra unos á otros.

Mientras que las disensiones religiosas despedazaban el imperio, era preciso defenderlo contra los bárbaros que lo atacaban por todas partes, y Constancio juzgándose débil para tanta empresa, pensó dividir la carga con Galo y Juliano, que fueron sucesivamente proclamados césares; pero Galo que pasó á ser yerno de Constancio, cediendo á los consejos de una mujer ambiciosa, osó manifestarse independiente, é hizo dar muerte á los oficiales enviados por el emperador; mas Constancio procuró atraerlo cerca de sí para hacerle perecer.

Debilitado el imperio por las discordias civiles, luchaba penosamente contra las invasiones de los Persas en Oriente y de los Germanos en Occidente. Sapor reclamaba con altivez las provincias de Armenia y de Mesopotamia; los Francos y los Alemanes á quienes el mismo Constancio llamó á la Galia contra Magnencio se habian establecido en todo el pais que baña el Mosa, despues de haber saqueado muchas ciudades florecientes. Constancio se

encargó de la guerra de Oriente, en donde apenas habia de experimentar mas que reveses, y envió á las fronteras occidentales á Juliano, á quien no temia, porque criado en el retiro y en la oscuridad, mas á propósito era en apariencia para oír las lecciones de los filósofos que para mandar ejércitos; pero los cálculos de Constancio quedaron completamente burlados.

El jóven principiante en la carrera de las armas poseia todos los conocimientos de un general eminente, y el discípulo de los filósofos era el mas sagaz de los hombres ambiciosos. Aunque pululaban los obstáculos que le oponian la desconfianza del emperador y el deplorable estado de las provincias galas, abrió con una brillante victoria, ganada cerca de Strasburgo, una larga série de triunfos. Los Francos y los Alemanes arrojados de las Galias, vieron por tres veces mas allá del Rhin á las legiones de Juliano penetrar en sus selvas: el terror del nombre romano se difundió en todos los países vecinos: humillados los bárbaros imploraron la paz y la Galia quedó por algunos años al abrigo de invasiones. En los intervalos de las campañas, Juliano se ocupaba en reparar las plazas fuertes destruidas por los bárbaros; embellecia á Lutecia, su residencia predilecta; trabajaba en aliviar las provincias arruinadas por los excesos de los impuestos, distribuía granos comprados al extranjero, castigaba severamente los cohechos, y hacia brillar en el ámbito de su gobierno una prosperidad desconocida. Semejante conducta le granjeó el afecto del ejército y del pueblo, mientras la fama de sus victorias se divulgaba por todo el imperio. No era menester tanto para despertar los celos de Constancio, quien le mandó que enviase á Oriente la mayor parte de sus tropas, pero los soldados adictos al general, lejos de abandonarlo, le ofrecieron la púrpura. Juliano la aceptó por obedecer, según decía, á la voluntad de Júpiter que se le apareció en sueños. Desde mucho antes habia abandonado el cristianismo, y apenas hubo ceñido la diadema declaró públicamente su apostasia. Al saber estas noticias, Constancio se apresuró á sentar las paces con los Persas y regresaba apresuradamente á Italia, cuando murió en el camino designando por sucesor á su rival, quien sin haber siquiera combatido se encontró señor único del imperio.

Sentado en el trono quiso Juliano defender como emperador,

cual lo habia hecho siendo César, las fronteras continuamente amenazadas; pero le esperaba distinta suerte, pues Sapor lo vence, y al caer Juliano mortalmente herido exclama: *¡Venciste, Galileo!*

Como no habia querido designar sucesor, el consejo de generales dió la investidura del imperio al duque Joviano, quien aceptó la difícil tarea de acaudillar un ejército falto de fuerzas y de víveres. Para salvar sus restos tuvo que someterse á un tratado ignominioso, en virtud del cual otorgó á Sapor parte de las provincias de Oriente y murió antes de llegar á Constantinopla. Valentiniano elevado al trono por el voto del ejército, se asoció su hermano Valente, á quien dejó el Oriente, con lo cual el imperio estaba dividido para siempre. Valentiniano, oficial de fortuna y de gran valor, habia alcanzado, merced á sus conocimientos militares, el primer grado del ejército. Parecía que se multiplicase para defender todas las fronteras sin descuidar los asuntos interiores del imperio, cuyos desórdenes apaciguó con la firmeza desplegada respecto de los arrianos. Mientras que los dos Teodosios, sus tenientes, limpiaban de enemigos el Africa y las márgenes del Danubio, él persiguió á los Caledonios, á los Alemanes y á los Sajones, y los rechazó al fondo de sus bosques obligándolos á implorar la paz. Desde sus residencias de Tréveris, Milan y Lutecia, acechaba todos los movimientos de los bárbaros; y murió combatiendo contra los cuados, dejando el imperio de Occidente á sus hijos Graciano y Valentiniano II.

Mientras que el jóven Valentiniano II se revestia de la púrpura algún tiempo despues de la muerte de Valente, Graciano asociaba á Teodosio al imperio y le encargaba la guerra contra los godos. Este hábil general despues de haber recobrado la superioridad en varios encuentros, logró con su conducta atraerse á los vencidos y aun convertirlos en aliados útiles al imperio. Atemorizado el rey de Persia al ver esas ventajas, no osó oponerse á una lucha que le hubiera sido fatal y se dió prisa en concluir la paz, que no habia de verse turbada en mucho tiempo. La muerte de Graciano, asesinado por Máximo, dejó á Teodosio señor único del Oriente. En el Occidente Valentiniano se habia visto precisado á ceder la mitad de sus provincias á Máximo, quien no satisfecho todavia invadió la Italia, pero encontró á Teodosio, á quien Va-

lentiniano habia llamado en su auxilio; y fué hecho prisionero en Aquilea y condenado á muerte. Desembarazado Valentiniano de su rival, reinó solo en Occidente y se manifestó por algún tiempo digno émulo de Teodosio, á quien tomaba en todo por modelo. Una feliz expedicion contra los Francos aseguró su dominio, cuando Arbogasto, jefe de esta nacion, que habia logrado obtener su confianza, hizo conferir á sus conciudadanos todos los destinos civiles y militares del imperio. Muy luego asesinó á Valentiniano y puso en su lugar á Eugenio, maestro de retórica, uno de los secretarios de su víctima. Arbogasto reinó algún tiempo en nombre de aquel, pero Teodosio no podia dejar impune el asesinato de su colega, y la derrota y muerte de los usurpadores sometió el Occidente así como el Oriente á su poder.

Teodosio se hizo bautizar al subir al trono, y por su solicitud se habian extinguido las discordias religiosas en Oriente, de modo que el triunfo del arrianismo habia pasado ya y la Iglesia que pronunció su sentencia en el concilio de Nicea, la confirmó en el segundo concilio ecuménico, reunido en Constantinopla por Teodosio. Fueron renovados todos los decretos de aquel concilio y el arrianismo y todas las sectas separadas de la Iglesia fueron anatematizadas. El emperador recibió con respeto é hizo publicar en todo el imperio los cánones del concilio y pronto desapareció el arrianismo para no volver sino con los bárbaros. Teodosio restableció la paz en el imperio y en la Iglesia y solo pueden echarse en rostro los asesinatos de Tesalónica mandados ejecutar en un raptó de cólera, pero espiados con una penitencia pública, á la voz del arzobispo de Milan.

Teodosio con su hábil y fuerte gobierno dió alguna prosperidad al imperio ó por lo menos encubrió su miseria, retardando por algunos momentos su inevitable caída. Para sus guerras y reformas hubo de echar mano de los últimos recursos del Estado, de suerte que para combatir á Arbogasto se valió de un ejército de bárbaros de donde provino que los extranjeros ocupaban todas las altas dignidades y que si el territorio era todavía el mismo los hombres habian cambiado. La unidad del imperio se rompió despues de Teodosio desapareciendo para siempre el espectáculo de aquel vasto conjunto que este digno sucesor de los mas gloriosos

césares habia presentado aun por un momento. A su muerte dejó de existir el imperio romano y vinieron á sustituirle un imperio en Oriente y otro en Occidente. El último de estos no debia tardar en sucumbir al peso de la invasion de los pueblos bárbaros, respecto de los cuales habremos de dar una ligera idea.

Tres poderosas familias de naciones separadas todavía iban á amalgamarse mas allá de las fronteras romanas: los escitas, los germanos y los eslavos. Al norte de la Persia y de la Arabia, las razas llamadas escíticas por los antiguos, entre las cuales vienen comprendidas las tribus tártaras, se reparten las inmensas llanuras del Asia superior y de la Europa oriental. Allí vivian numerosos pueblos nómadas, los calmucos ó mogoles, los manchues, los turcos, los avaros y mas temibles que todos estos, los hunos ó hionhufes. Los mogoles debian apoderarse de la India; los manchues de la China, los Turcos del Asia occidental y de una parte de la Europa: los hunos, señores por un instante de todos esos pueblos, rechazados luego por los vencidos, debian derramarse por toda la Europa como un torrente devastador, y desaparecer despues sin dejar apenas rastro de su existencia en el mundo que habian asolado.

Los hunos sobrepujaban en salvajismo á todos los pueblos bárbaros, y los historiadores no aciertan á hablar de ellos sin terror. Eran bajos de estatura, pero rehechos de cuerpo, y se desfiguraban el rostro con profundas cicatrices; iban cubiertos de pieles groseramente cosidas, y se alimentaban de raices, de carnes reblandecidas debajo de la silla de sus corceles y de leche de yeguas. Pasaban la vida á caballo, á caballo comian, deliberaban y hacian la guerra, y recostados sobre el cuerpo de sus caballos se entregaban al descanso soñando en los combates del dia siguiente. Atacaban al enemigo dando espantosos aullidos, corrian ligeros como el rayo, se dispersaban en un momento, volvian á embestir, arrojaban con destreza las jabalinas, y echaban lazos á los fugitivos para arrastrarlos consigo. Adoraban el sol y un sable consagrado. Sus hijos, nacidos en los carromatos en donde sus mujeres pasaban la vida, se ejercitaban en la caza desde la edad mas tierna, y no eran declarados mayores hasta que por su propia mano hubiesen muerto un enemigo. Inmolaban los prisioneros á los ma-

nes de los antepasados y los guerreros recogían los cráneos de los enemigos que habían sucumbido, y los sujetaban en los combates á los flancos de sus caballos.

Los eslavos, que habitaban toda la parte septentrional de Europa desde las regiones de la Germania hasta el Volga, tenían costumbres bastante suaves. Cultivaban la tierra, criaban numerosos ganados y perseguían la abundante caza de sus bosques. Reinaba una grande union entre las familias, el robo era desconocido, el extranjero era honrosamente hospedado, el pobre podía tomar del rico lo que necesitaba para obsequiar á su huésped; y los prisioneros eran tratados generalmente con humanidad y podían rescatar su persona. Los eslavos adoraban un crecido número de divinidades, cuyas fiestas celebraban con bailes, juegos públicos y cantos patrióticos; la leche y el aguamiel corrían á torrentes en sus festividades. Solo la superstición los volvía crueles. Derramaban sangre humana junto con la de los animales sobre los altares de los dioses, y las mujeres eran inmoladas á los manes de sus esposos; muy pronto el odio de los sacerdotes idólatras iba á preparar á los misioneros cristianos los suplicios mas horribles. Afectos á su suelo nativo por sus hábitos sedentarios, la mayor parte de los eslavos no habían de figurar en el gran movimiento de los pueblos que terminó en el siglo quinto. Hasta despues de la invasión no se los vió aparecer en las provincias abandonadas.

Los eslavos estaban divididos en tres grandes naciones; los vénedos, junto al mar Báltico; los antos, en las mágenes del Don, y los eslavos propios, cerca del Danubio: posteriormente se subdividieron en una multitud de tribus.

Los búlgaros y los alanos, eslavos de origen, se asemejaban mucho á los escitas por sus costumbres vagabundas y su carácter selvático.

Al occidente de la Eslavonia, entre el Océano, el Vistula, el Teis y el Rhin, moraban aquellas poblaciones germanas largo tiempo antes conocidas por los romanos. Los alemanes ó alemands, y los francos, compuestos unos y otros de la reunion de muchas tribus, se hallaban esparcidos cerca de las riberas del Rhin, en la margen izquierda cuando vencedores, y cuando vencidos en la derecha, pero siempre con las armas en la mano, y dispuestos á aprovechar

la ocasion de volver á la Galia. En el centro había dos pueblos poderosos, los suavos y los borgoñones; al noroeste los sajones y los anglos en las márgenes del Báltico, frente á las costas de la Gran Bretaña: al norte y al este los lombardos, los gépidos, los vándalos y los hérulos, estrechados ya por los godos, que ocupaban toda la parte oriental de la Germania y muchas provincias eslavonas, donde los ostrogodos se habían sometido al efímero dominio de los hunos, mientras que los visigodos buscaban un asilo en el imperio.

Las costumbres de los germanos fueron admirablemente descritas por Tácito, quien indignado de la corrupción de sus conciudadanos, rinde homenaje tal vez exagerado, á la pureza de costumbres y á la sencillez y energia de las instituciones bárbaras. Apasionada por la independencia la tribu germánica no se encierra en los límites de una provincia; la hermosura del suelo y la abundancia de los pastos fijan momentáneamente su permanencia en ciertos lugares. Los germanos ocupan el tiempo en la caza y la guerra; dejan el cuidado de la agricultura y del ganado á las mujeres y á los esclavos, mientras que ellos van en persona á provocar al enemigo; «reputan pereza y cobardía adquirir con el sudor lo que pueden proporcionarse con la sangre.» La severidad de costumbres hacia el matrimonio muy respetado. La mujer no llevaba dote alguno; pero el dia de su matrimonio recibía por presente un par de bueyes, símbolo del trabajo al cual estaba destinada, un caballo y ciertas armas para enseñarle que debía inculcar á sus hijos valor y patriotismo. El alimento de los germanos era generalmente sencillo y frugal; en sus comidas discutían los asuntos, mientras que los jóvenes ejecutaban allí cerca un arriesgado baile entre espadas y lanzas. Ningún pueblo observaba mas religiosamente los deberes de la hospitalidad; el viagero era recibido con alegría, y alimentado y guiado por su huésped, quien jamás le dejaba marchar sin hacerle algún presente.

A estas virtudes propias de una nacion primitiva juntaban los germanos los vicios de una naturaleza todavía salvaje y grosera. Odios muy atroces dividían las familias, cuando despues de una injuria el ofendido no aceptaba la satisfaccion pecuniaria que se le ofrecía al uso del pais. Las fiestas solemnes en las cuales los jefes

reunían á sus guerreros, eran orgias que casi siempre terminaban en riñas sangrientas. En sus ocios los germanos se entregaban con pasión á los juegos de azar. Sobre la jugada de un dado empeñaban muchas veces su fortuna entera; y cuando la habían perdido apostaban la mujer, los hijos y hasta su misma persona: un guerrero joven y vigoroso se dejaba maniatar y vender como un esclavo para pagar una obligación de honor.

En realidad la nación solo comprendía dos clases: los hombres libres y los esclavos; la suerte de estos era todavía mucho menos rigurosa que la de los esclavos entre los romanos. No había aristocracia propiamente dicha, ni nobleza hereditaria; solo los guerreros que se habían ennoblecido en los combates, y enriquecido con los despojos del enemigo, gozaban distinciones y honores. Los hombres libres se agrupaban en torno suyo y los elegían por jefes en la guerra y algunas veces la tribu entera les confiaba el mando supremo; pero la forma monárquica rara vez quedaba establecida de un modo permanente. ni los privilegios se convertían en prerogativas de una familia. Se consultaba á los jefes sobre los asuntos ordinarios; pero las grandes cuestiones se proponían á la asamblea general de la nación. A ella concurrían los hombres libres á caballo revestidos con sus armas, y en las deliberaciones no había mas influjo que el de la elocuencia ó de la gloria.

Un sacerdote presidía la asamblea, porque los orgullosos germanos no se doblegaban mas que al ascendiente de la religión. Un anciano del pueblo proponía un parecer y era desechado por los murmullos de la muchedumbre ó admitido por el tumultuoso choque de las armas.

En estas grandes asambleas se decidía la paz y la guerra. Resuelta una expedición convocábanse todos los hombres y marchaban acaudillados por el mas valiente. Compartían las fatigas, los peligros, la suerte feliz ó desgraciada de su jefe y el gozo de los festines, y despues de la victoria los despojos del enemigo; pero si perecía el jefe en el combate, sus compañeros no podían sobrevivirle sin deshonra. Las armas de los germanos eran el escudo, la framea, lanza corta y aguda para pelear de cerca, y algunas veces el hacha de armas y la clava. Toda la fuerza del ejército consistía en la caballería; no obstante algunos peones mezclados entre los ginetes

sabían agarrarse á las crines del caballo, seguir la tropa al galope y pelear en sus filas. Las mujeres acompañaban al ejército en las guerras generales, curaban á los heridos, hacían volver á los fugitivos, y mas de una vez hirieron con el puñal á los cobardes; y en las derrotas se arrojaron debajo de las ruedas de los carros para no sobrevivir al deshonor de los maridos.

La religión de los germanos era oscura y misteriosa. Adoraban la divinidad en la espesura de los bosques. El sol y el fuego eran los símbolos mas venerados de su religión; acataban á la tierra como á su madre y le ofrecían trementos sacrificios: cada año algunas hermosas jóvenes eran conducidas á la orilla de un lago sagrado y no volvían á parecer. Creían en la inmortalidad del alma: y á los valientes muertos en los combates les estaban prometidos los goces de la Walhalla, en cuya mansión los guerreros luchaban todo el día y cada noche jóvenes y robustos se sentaban en el banquete eterno.

Todos esos pueblos cual unidos en una inmensa alianza iban á invadir el imperio romano, pero con un furor inaudito, con un estruendo espantoso, y con irrevocable determinación de poseerlo aun cuando debieran plantar su victoriosa enseña sobre un monton de inflamadas ruinas. Sin embargo la invasión de esos pueblos presenta dos faces distintas; la una lenta y continuada, la otra repentina y rápida; aquella destinada á desorganizar paulatinamente, esta á destruir de golpe. Mas de un siglo antes, los pueblos próximos al imperio se introdujeron en él uno tras otro; pero dominados por la civilización del país, se agregaron hasta cierto punto á la sociedad romana, sufrieron el influjo de esta alterando sus elementos propios, y acabaron por sustituirse al régimen imperial, modificando algun tanto un sistema de gobierno al cual se fueron doblegando. De este modo bajo el dominio de los godos, que desde tiempos anteriores estaban en contacto con el imperio, se conservan en Italia, en España y en la Galia meridional las tradiciones de Roma; mientras que otros pueblos fuera del radio de la civilización romana, y llevados por su espíritu vagabundo ó por la reacción de lejanos trastornos, dan súbitamente contra las fronteras del imperio, y ansiosos de ruinas y pillage producen un sacudimiento espantable, y amenazan acabar hasta con los vestigios de la sociedad antigua. Contra tales enemigos que inundan á un tiempo todas las provin-